

LIBRO II
SIEMPRE VIEJO Y NUEVO SIEMPRE

LIBRO II

SIEMPRE VIEJO Y NUEVO SIEMPRE



Capítulo I

La gloria de Hernán Cortés

EN una de las más hermosas mañanas del mes de Mayo de 1528, después de una feliz navegación de cuarenta y un días, hecha sin haber tocado en ningún puerto, D. Hernando Cortés, conquistador de la Nueva España, arribó, viniendo de ella, al famosísimo puerto de Palos, de donde el viernes 3 de Agosto de 1492 había salido Cristóbal Colón al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Al teatro de sus épicas proezas faltaba ya, como tanto habianlo deseado sus enemigos, el héroe grandioso por quien aquellas vastas regiones entrado habían á enriquecer la corona de España y aumentar el rebaño inmenso de las fieles ovejas de Jesucristo.

Cuantas intrigas se pusieron en juego para obtener tal resultado, cuanto hubo de trabajar la calumnia para mi-

nar la base en que su gloria se asentaba, largo de referir sería y su relación habría de fatigar á nuestros lectores.

Para dar una idea de ello, bastará decir, que á tal extremo los enemigos de Cortés habían logrado desconceptuarlo en el ánimo de Carlos V, que en nada menos pensó éste que en enviar á México persona de cuenta que hiciera cortarle la cabeza, y para ello se había ya hablado de D. Pedro de la Cueva, hombre de rara severidad y energía.

Sin embargo, si Cortés salió de México dejando sin alma aquel cuerpo de nación que él había creado, hizolo porque hacerlo quiso, no porque temiera que á hacerlo pudiese obligarlo una voluntad superior á la suya.

Púsose en camino porque un Hernando Cortés sólo podía quejarse ante un Carlos V de la insolencia de los reptiles que con los dientes de su envidia mordíanle la planta del pié, escondidos entre el polvo que pisaba, puesto que incapaces eran de ponerse jamás á mayor altura.

Púsose en camino porque la fidelidad al monarca era en él una virtud y porque quien como él amaba á su patria y habíala engrandecido, no podía ser rebelde contra ella.

Púsose, en fin, en camino porque en el apogeo de su gloria bien podía darse el placer de presentarse en el antiguo continente á recibir en persona el homenaje de admiración de sus contemporáneos.

La córte, que sin duda lo creía así, no acertaba con el medio mejor para hacerle salir de la Nueva España.

El gran Carlos V no sabía cómo resolver esta dificultad.

Quizás en sus temores de que Hernán Cortés se alzase

con el reino y en él se hiciera independiente de la corona de Castilla, se le ocurrió alguna vez que en el caso de Cortés eso hubiera hecho Carlos V, pues en verdad quien fué capaz de hacer lo que hizo Cortés, no podía tener superior en heroica jerarquía, y grande entre los grandes, los mayores no podían ser más que sus iguales.

«A este propósito dice un historiador:

«Un medio término que sugirió el obispo de Osma, presidente del Consejo de Indias, aquietó algún tanto á Carlos V. Fué este medio que el obispo escribiese á Cortés una carta muy afable, ofreciéndole su favor, y aconsejándole que fuera á España á verse con el emperador, quien por falta de informes había suspendido el despacho de los negocios de México.

«Llegó esta carta cuando ya Cortés se había resuelto á salir del reino, ya porque no podía sufrir la arrogancia de Estrada, ya porque con su presencia esperaba ganarse el favor de la córte y desvanecer las calumnias de sus enemigos.

«Con estos propósitos salió Cortés de México para embarcarse en Veracruz, dejando de gobernadores de su Estado y mayordomos á Juan de Altamirano, su pariente, y á Diego de Ocampo, é inventariados sus muebles que se encontró valían doscientos mil pesos de oro.

«Llegado á aquel puerto, mandó pregonar que daría pasaje y comida de balde en sus dos navíos á cuantas personas quisieren ir con él á Castilla, teniendo licencia del gobernador Estrada.

«Embarcó mil y quinientos marcos de plata labrada, doscientos mil pesos en oro, otros diez mil bajos de ley y gran acopio de perlas y joyas.

«Entre estas se conserva memoria de cinco grandes

piedras preciosas que en aquel tiempo se tenían por esmeraldas y por tales se les apreciaba, aunque eran solo *jade* ó serpentina.

»La primera estaba labrada á semejanza de rosa, la otra de corneta: la tercera formaba un pececillo en el cual los diestros lapidarios mexicanos habían engastado ojos de oro: la cuarta esmeralda tenía la figura de una campanilla guarnecida de oro con una perla por badajo, y en la orla estaba escrito este mote: *benedito sea quien te crió*: la última era una tacita con el pié de oro, de donde salían cuatro cadenitas del mismo metal que remataban en el centro en un botón formado de una perla del más bello oriente: en el pedestal tenía estas palabras de la escritura: *inter natos mulierum non surrexit major*: que significa *ninguno hubo mayor entre los nacidos de mujer*, lo cual el Salvador dijo de San Juan Bautista.

»Estas cinco piedras fueron valuadas en cien mil ducados, y por sólo la última unos mercaderes genoveses ofrecieron á Cortés en Sevilla cuarenta mil ducados.

»En los mismos navíos hizo Cortés embarcar los más raros animales de la Nueva España, tigres, leopardos, *armadillos*, y porción de las más hermosas aves que pudo conseguir, desconocidas todas ellas en España.

»También embarcó gran surtido de tejidos curiosísimos, tanto de algodón como de pelo de animales y de plumas; abanicos, escudos, armas, vestiduras sacerdotales, espejos de piedra, y en una palabra, cuanto de precioso y raro había en aquel tiempo en el país.

»Con Cortés fueron á bordo sus amigos y capitanes célebres, Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia y otros conquistadores; un hijo del rey Moctezuma; otro del famoso tlaxcalteca Maxiscatzín; y otros caciques mexi-

canos, tlaxcaltecas y tarascos: y para que nada faltase al fausto con que Cortés quería dejarse ver en la córte se llevó ocho bailarines mexicanos ó *trenzadores de palo*: doce jugadores de pelota que llamaban *ule*, y multitud de tipos raros, deformes ó curiosos.

»Inmensa fué la multitud que acudió á presenciar su embarque en el puerto.

»Los naturales, á quienes siempre defendió hasta donde llegaron sus fuerzas contra la codicia y malos tratos de sus compañeros, postrábanse en tierra á su paso y con grandes y afligidas voces pedíanle que los bendijese y que no los abandonase.

»Hernán Cortés hubo de llorar como un niño ante tales demostraciones de afecto y amor, y tuvo que repetirles muchas veces que su emperador le llamaba y que era su gusto y obligación el obedecerle, para que los indios le dejasen partir.

»Hallándose ya en la lancha que había de llevarle á bordo de los navíos, el clamor de los naturales fué tan extraordinario que, á fin de consolarlos, el conquistador se puso en pié y extendiendo sus brazos en actitud de bendecirlos, alzó su voz y les gritó:

—»¡Os juro que volveré! ¡Adios, hijos míos!

»Los indios no apartaron su vista de los navíos hasta que desaparecieron en los confines del horizonte, y postrados en tierra, lloraron la ausencia de Cortés como la de un padre y protector.

»Grande fué,—dice D. Lucas Alamán,—la sensación que produjo en la córte la llegada de Cortés, pues se estaba tan lejos de esperarla que se había prevenido un mes antes á la Audiencia que le mandase preso si resistía ó difería obedecer la orden que se le daba de presen-

tarse al emperador. Disipados con esto los temores que se habían concebido acerca de su fidelidad, dieron lugar al entusiasmo que su nombre y la fama de sus hechos excitaba; pero antes de disfrutar las satisfacciones que le esperaban, tuvo el sentimiento de perder á su bueno y fiel compañero y amigo Gonzalo de Sandoval. Se había quedado éste en Palos, mientras que Cortés, por tener alojamiento bastante capaz para su numerosa comitiva, había pasado al inmediato convento de franciscanos de Santa María de la Rávida, en que también se alojó Colón cuando vino de Portugal á presentar á los Reyes Católicos su gran proyecto de navegación en el que tanto le auxilió Fray Juan Pérez de Marchena, guardián de este monasterio, á cuyas recomendaciones debió el ser recibido por la reina Isabel. Estaba alojado Sandoval en casa de un cordonero de jarcias y cables, el cual, viéndole enfermo, le robó á su vista trece barras de oro, habiendo para esto combinado el que estuviese solo, mandando á las personas que le acompañaban á dar aviso de su enfermedad á Cortés, y sin esperar la venida de éste, se fugó á Portugal. Cortés, impuesto de la gravedad de su amigo, vino inmediatamente á acompañarle en sus últimos momentos, y Sandoval, viendo acercarse su fin, se dispuso á la muerte con piedad y resignación y en su testamento dejó por su albacea á Cortés y por herederas á sus hermanas. Así falleció este bizarro capitán al volver á su patria y en la temprana edad de treinta y un años, pues tenía veintidos cuando pasó á la Nueva España. Era, como Cortés, natural de Medellín y se distinguió en la conquista, no sólo por su prudencia y su valor, sino por una cualidad rara en los conquistadores, que era su desinterés, pues no parecía aspirar á otra

cosa que á la gloria de un buen soldado. Su cadáver fué sepultado en el monasterio de la Rávida y Cortés tuvo este nuevo motivo para el luto que llevaba por su madre y por su mujer.

Instruida la corte de la llegada de Cortés, dió órdenes para que en todos los lugares de su tránsito se le recibiese como era debido á su dignidad y mérito. La fama de su venida, que por todas partes se extendió, atrajo multitud de gente de grandes distancias al camino por donde debía pasar. Se alquilaban las casas y los balcones y se ponían tablados en las calles del tránsito para ver al conquistador de Nueva España, que con su numeroso séquito y el extraño espectáculo de los indios que le acompañaban con todo el lujo de sus trajes propios, y el tren de animales nunca vistos que le seguían, más parecía un soberano de un país remoto y desconocido, que un vasallo que venía á presentarse al monarca de Castilla. De la Rávida se dirigió á los Estados del duque de Medina Sidonia, que le recibió suntuosamente y le hizo un magnífico obsequio de hermosos caballos andaluces. Siguió luego por motivos de piedad al Monasterio de Guadalupe de Extremadura, donde por casualidad estaba con otras señoras de la corte Doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de León, Don Francisco de los Cobos, gran privado de Carlos V. Cortés tuvo allí ocasión de hacer gala de su liberalidad en los ricos regalos que hizo á estas damas, cuyas cartas le prepararon un acogimiento todavía más pomposo en la corte. Esta estaba entonces en Toledo, á donde se dirigió desde Guadalupe, y á la llegada á aquella capital salieron á recibirle sus antiguos favorecedores el duque de Béjar, el conde de Aguilar y otros grandes señores con toda la

nobleza, que en medio de un concurso inmenso le condujo al alojamiento que le estaba prevenido.

»El siguiente día fué presentado al emperador, y habiéndose arrodillado para besar su mano, Carlos V le levantó, oyó con agrado la relación que le hizo de sus servicios, y recibió un memorial en que, exponiendo éstos, terminaba con quejarse de los agravios que le habían inferido en México los oficiales reales y en especial el tesorero Estrada, en el tiempo de su gobierno.

»Carlos V quedó muy satisfecho de Cortés y le consultó en todo lo concerniente al gobierno de Nueva España, manifestándole tal consideración, que, habiendo estado gravemente enfermo, fué á visitarle á su alojamiento, distinción tan singular en aquellos tiempos, que todos los escritores hacen mención de ella, considerándola como si ella sola fuese una digna remuneración de los servicios de Cortés.

»Bernal Díaz refiere otra prueba de la preferencia que el emperador hacía de Cortés sobre todos los grandes de su córte: un domingo, asistiendo á misa Carlos V, estaba ya en la iglesia con su córte, cuando llegó Cortés, y pasando delante de todos fué á sentarse por mandado del emperador, junto al conde de Nassau, príncipe soberano de Alemania, que estaba inmediatamente al lado del monarca, lo que no dejó de excitar la crítica y celos entre la concurrencia, no obstante la orden del emperador (1):»

Todo esto é infinitas mercedes que no es de este lugar el referirlas, logró D. Hernando Cortés con sólo presentarse tal cual era al emperador Carlos V.

Pero antes de su arribo á España ya dijimos que no

(1) D. Lucas Alamán.

se pensaba en menos que en cortarle la cabeza como á rebelde y traidor.

Sus enemigos, y Rodrigo de Albornoz entre ellos, habían logrado desacreditarle hasta lo infinito. Sus tesoros se ponderaban más allá de lo verosímil: de su autoridad se decía ser mayor que la de los reyes, y por tan soberbio y tan cruel le daban, que se creía que había de matar con el puñal ó el veneno á quien quiera que se le enviase á residenciarlo.

Urgía aplicar remedio, y por el mejor se tuvo la creación de un poder superior que acallaba las pretensiones de los inferiores, sobreponiéndose á todos ellos. La experiencia mostró después que, supuesta esa resolución, habría sido lo más conveniente dar á Cortés con mano franca la gobernación entera; pero ni las graves dudas acerca de su fidelidad lo permitían, ni cuadraba á la política de la córte que los conquistadores continuaran rigiendo con las leyes lo que habían ganado con las armas. Tras los soldados llegaban siempre los legistas. Mas no se tomó la determinación de confiar el mando á una sola persona, porque no se juzgó posible encontrarla capaz de contrarestar la influencia de Cortés, y se vino á elegir el mal camino de nombrar una Audiencia gobernadora. Tal resolución, nada prudente en sí misma, pues en lo ocurrido con los oficiales reales se estaban palpando los inconvenientes de dividir el poder, no habría producido, con todo, tan malos resultados, á haberse tenido acierto con la elección de las personas; pero tomó peor carácter todavía por el yerro que se cometió en punto tan importante (1).

(1) D. Joaquín García Icazbalata. — *Estudio biográfico de Fray Juan Zumarraga*.

El emperador nombró por oidores á los licenciados Martín Ortiz de Matienzo, Alonso de Parada, Diego Delgadillo y Francisco Maldonado, y aunque no se había nombrado presidente de la Audiencia, se previno á los oidores que estuvieran listos á partir en las embarcaciones que se mandaron alistar, dándoles para su mayor decoro las capitanías de ellas.

Detávoase la salida de los oidores de resultas de un nuevo incidente que ocurrió con la llegada á Lisboa de una nave despachada por Cortés, en que iban sus procuradores Fray Diego Altamirano y Pedro de Salazar, que fué motivo de que el emperador escribiese al rey de Portugal, recomendándole apresase la tal nave cuya llegada á Lisboa no tenía otro objeto, según los enemigos del conquistador, que ocultar los tesoros que conducía y defraudar al erario español sus derechos. No se tardó mucho en poner en claro la falsedad de las denuncias, y mientras en ello se andaba, llegó á la córte Sancho de Samaniego, enviado por Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, con el único fin de trabajar contra Cortés en el ánimo del emperador.

Samaniego supo ingeniarse de tal modo en el desempeño de su misión, que los consejeros del emperador llegaron á creer que sólo Nuño de Guzmán era capaz de reprimir á Hernán Cortés y obligarlo á dar la residencia. Este partido se adoptó porque no se ofrecía otro, y así prontamente se libraron los despachos condecorando á Nuño de Guzmán con la presidencia interina de la Audiencia de México.

Según las instrucciones que se les dieron el 5 de Abril de 1528, los oidores, al llegar á Veracruz, deberían avisar á Nuño de Guzmán su nombramiento y en el puerto

esperarle para después de reunidos subir á México á desempeñar su comisión.

Todo lo mandado á este respecto mantúvolo el emperador, á pesar de que aun no se embarcaba la Audiencia para la Nueva España, cuando Hernán Cortés desembarcó, como ya dijimos, en la antigua.

Capítulo II

Isabel de Rioja

No fué la cien veces heroica ciudad de Sevilla la que menos se distinguió en el entusiasta recibimiento que hizo al conquistador, y pudiéramos decir fundador de la Nueva España.

Son los sevillanos la gente más franca y obsequiosa que puede darse, y caer aunque de improviso sea, y sin recomendación alguna en aquella encantadora patria de los claveles y del azahar, á caer equivale en un círculo de amigos que os tratan y quieren cual si con ellos hubiéseis nacido y criádoos con ellos desde los primeros años de la infancia.

Allí la gracia y el donaire tienen su cuna y su templo, y una y otro brotan espontáneos, naturales y exuberantes como todo cuanto nace en un terreno propio y cual ninguno favorecido por el Supremo Hacedor.

Cierto es aquello de, *quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla*, y sin duda no hay como ella ciudad que

más impresione al viajero, que una vez que la visite, guardará de sus encantos el más placidísimo recuerdo.

¡Cuán bella es la ciudad de las más bellas mujeres de la bella Andalucía!

Delicioso tipo el de aquellas encantadoras ninfas del Guadalquivir, cuyo mágico encanto todo lo embellece y lo agiganta, hasta la inconstancia y los celos.

Allí bajo aquel cielo de fuego, todo crece cargado de aromas y perfumes, que producen la embriaguez del placer y la demencia de la dicha.

El falso profeta del islamismo adivinó á Sevilla en la pintura que hizo del paraíso de los creyentes.

En aquel tiempo, y entre las bellas sevillanas, una llamaba con justicia la atención de propios y extraños, y grande á la verdad fueron sus méritos, pues señalarse consiguió como reina de la hermosura allí donde reinas de la hermosura eran todas las mujeres.

El óvalo de su rostro era de una extrema pureza artística: su ancha y despejada frente, coronábase con una espléndida diadema de magnífico pelo casi negro y ondulado naturalmente; sus ojos, dotados de un supremo brillo, semejaban diamantes engarzados en un medallón de azabache; sus labios entreabiertos como la roja flor del granado, descubrían finísimos dientes de un blanco de perla; el nacimiento de su seno, mansamente agitado por los frecuentes latidos de un corazón ardiente y apasionado, era de una incomparable belleza; sus brazos, aterciopelados como el fruto del almendro, terminaban en unas manos que acusaban la finura y distinción de la raza en sus dedos elegantemente largos y delgados, y en

sus uñas de suavísimo color de rosa. De mediana estatura, de talle ligero y cimbrador, las correctas curvas de su cuerpo prestábanle una extraordinaria esbeltez, y hacían de ella una de esas mujeres destinadas á inspirar súbitas pasiones, violentos amores é irresistibles seducciones.

Cubierta su cabeza con los blancos encajes que siempre han sido el preferido y más propio tocado de la mujer sevillana; repartiendo como al descuido sus miradas brillantes y regocijadoras, atraía sin pretenderlo la admiración de los transeuntes, que no podían reprimir sus exclamaciones de entusiasmo al contemplarla graciosamente apoyada de brazos en el rico tapiz, echado sobre el antepecho de una amplia ventana, á la que formaban marco esas admirables orlas que como blóndas de mármol tendían los artifices árabes en sus mágicas y caprichosas construcciones.

Acababan de pasar al pié de la morisca ventana el conquistador y su comitiva, y aun sobre el alfeizar se veía el lujoso canastillo de mimbres, cuyo contenido de frescas hojas de rosa, aquella, que humana rosa era, había por sí misma arrojado sobre Hernán Cortés.

Dos caballeros jóvenes de noble y airoso porte, con grande lujo y elegancia vestidos, conversaban con la hermosa, que claramente daba á entender en las miradas y sonrisas que á uno de ellos dirigía, estar de él enamorada.

Escuchemos su conversación que servirá para dárnoslos á conocer:

—De modo, Jerónimo Ruiz, —dijo la dama al caballero que sin duda era su amante, —que estáis enteramente decidido á partir para las nuevas tierras.

—Si, mi querida Isabel, —contestó el nombrado Jerónimo Ruiz; —enteramente decidido, y espero que si me queréis como decís y como yo creo, no os opondréis á mi decisión.

—¿Oponerme yo? no lo creáis; bien al contrario lo apruebo de todo corazón: ¿no es cierto, Bernardo de Carvajal? —preguntó la hermosa Isabel dirigiendo su vista al segundo de los dos caballeros que la acompañaban. Jerónimo Ruiz miró á su vez á Bernardo de Carvajal, y dijo con buen humor:

—Quiere decir, amigo Carvajal, que aun exponiéndote á despertar mis celos, mantienes con mi Isabel secretas relaciones?

—Bien inocentes en verdad, y prueba de ello que no te lo ocultamos.

—Por el momento sé que existen... y nada más.

—Pues bien, es cierto, y voy á darte las más precisas explicaciones. Isabel ha determinado embarcarse también para las Indias.

—¿Cómo! —exclamó Jerónimo Ruiz visiblemente contrariado.

—Como lo oyes.

—¿Es cierto eso, Isabel?

—Carvajal ha dicho la verdad; estoy decidida á partir con vos para las Indias.

—¿Y desde cuándo y con qué motivo habéis tomado, Isabel, esa decisión que espero de vuestro buen juicio no mantengáis?

—Voy á decíroslo; esa decisión la he tomado hoy en vista de las noticias que Bernardo de Carvajal me ha dado.

—¿Qué noticias son esas?

—Unas muy importantes; figuraos que Carvajal ha hablado con un antiguo amigo de mi padre Felipe de Rioja.

Por ese amigo que acompaña desde México á Hernando Cortés, hemos sabido que mi padre hizo una gran fortuna en la isla Española asociado á un tal Ismael Farfán, descendiente de una vieja familia árabe de Sevilla.

El amigo de mi padre con quien Carvajal habló, cree que Ismael Farfán vive aún en la isla, y supone que quizás no ignore qué pueda haber sido de la fortuna de mi padre; si bien, según tiene entendido, mi padre realizó sus propiedades de la isla para trasladarse á México donde tenía ó tuvo unos parientes, cuyo apellido no recuerda el informante de Carvajal.

Estas noticias han despertado en mí ciertos recuerdos que están conformes con ellos.

Allá, como en sueños, tengo en efecto idea remota de algo muy terrible que me pasó en los primeros años de mi vida.

Me parece recordar, y aun asegurar podría que lo veo, una pobre y miserable choza á la entrada de un bosque formado por gigantescos árboles de las más extrañas formas y del más verde y espeso follaje.

Creo que era una noche oscura y tempestuosa.

Podría jurar que veo á mi padre durmiéndome en sus brazos y colocándome cuando aun no estaba dormida sobre un lecho de hojas, y poniéndome por almohada un duro saco relleno de monedas de oro.

Me parece acordarme que apenas había cogido el sueño, horribles y salvajes gritos me despertaron.

La cabaña ardía en llamas y también mi lecho de hojas secas.

—Mi padre estaba muerto á mis pies!

Los salteadores, que eran unos indios espantosamente feos, me tomaron en brazos y huyeron conmigo al interior del bosque.

Nada puedo asegurar sobre si esto fué ó no cierto, lo que si sé, porque ellos mismos me lo contaron, es que efectivamente á la entrada de un bosque de México me recogieron dos criados españoles, y compadecidos de mí, consigo me trajeron á España, y á esta ciudad de Sevilla, de la cual todos me creen hija, y que yo como mi patria considero.

En Sevilla me entregaron á la buena mujer que desde entonces, aunque por pocos años, me sirvió de madre, y ella, poco antes de morir, me contó que los dos hombres que me salvaron, habían robado cuarenta mil ducados á un español de las Indias y con ellos huído á España.

La anciana suponía que el español robado debió ser mi padre, y mil veces me recomendó que procurase volver á las Indias y buscarle.

No estaba segura de que los nombres que llevo fuesen en efecto los míos, por más que los dos criados ladrones le aseguraron que yo misma les dije llamarme Isabel de Rioja, y ser Felipe el nombre de mi padre.

Esta duda de la anciana me hizo no dar importancia á sus vagas revelaciones, y por otra parte, contribuyó á que las olvidase por completo la buena D.^a Marta de Mendoza, sobrina del canónigo Mendoza, que en su casa me recogió hace tres años dolida de mi desamparo y admirada de mi juvenil hermosa.

Todo esto que olvidado tenía, me lo ha recordado de golpe la noticia que Bernardo de Carvajal recogió de la

bios de ese amigo de mi padre: ese amigo conoció á un Felipe de Rioja que residió en las Indias, que fué á México y de allí no ha vuelto: todas estas circunstancias concuerdan con los vagos recuerdos que de mi padre tengo, y su exactitud la confirma el apellido que llevo, que al presente puedo asegurar que es el que me corresponde.

—Ahora bien, Jerónimo Ruiz, ¿no os parece que yo debo trasladarme á las islas, buscar á Ismael Farfán, y adquirir de él noticias de mi padre que quizás vive aún y quizás me llora por muerta?

La joven dejó de hablar, y hubo de aguardar un largo rato á que Jerónimo Ruiz, enteramente contrariado, contestase á su pregunta, diciendo:

—Todo eso parece hasta cierto punto natural, y no obstante quisiera que no fuese cierto.

—¿Eso decís cuando tal vez el cielo nos depara que está vuestra Isabel, que muchos creen hija de una gitana cualquiera, pueda hallar á su padre y demostrar que por sus venas corre limpia sangre española?

—Os amo yo menos, Isabel, porque eso creen ó aparentan creer los que me envidian el amor con que me favorecéis?

—¿Y por qué, entonces, Jerónimo Ruiz, queréis de mí alejaros, poniendo por medio inmensa extensión de peligrosos mares?

No me lo neguéis, Jerónimo Ruiz.

Sin duda como decís, los envidiosos del amor con que al vuestro correspondo, son quienes han hecho circular el rumor de que hija soy de moro y gitana.

Pero la especie ha tomado vuelo y mis amigas comienzan á no frecuentar mi casa, y los hombres me miran con rencorosa insolencia.

—Sé que á más de uno ha castigado duramente vuestra generosa espada, pero la murmuración crece y aumenta la malevolencia.

El viento de la calumnia, no me lo neguéis, Jerónimo Ruiz, ha llegado á vos y os ha resfriado conmigo.

No queráis negármelo, porque no os creeré.

De algún tiempo á esta parte, las visitas que me hacéis son menos frecuentes.

Sé bien que habéis buscado para hacerlo así pretextos admisibles en apariencia.

—No son, Isabel, sed justa, sino reales y positivos.

No os hagáis la ofensa de suponieros engañada por el hombre al cual habéis hecho durante un año entero el más feliz de los hombres.

Mis ausencias han tenido por causa mi natural deseo de que no os falte cosa alguna de las necesarias para el lujo y comodidad de la vida que lleváis y merecéis.

Os consta que de algún tiempo á esta parte, consumidas mis rentas, me he visto en la precisión de echar mano del capital que las producía.

No soís vos quien á ello me ha obligado, y por eso no he querido ocultaros la verdad de mi situación.

Mi invencible pasión por el juego es la sola y única causa de mi ruina.

Por razón de ella, mi porvenir y mi honor se hallan seriamente comprometidos y no hay más salvación para mí que mi viaje á las Indias.

Mi ausencia, creedlo, Isabel, no se prolongará más allá de lo estrictamente necesario para rehacer mi capital.

—¿Acaso se os imaginan las Indias sembradas de ducados de oro?

—Nada me imagino, y sin embargo, ya oís las relaciones de los conquistadores de México: según ellos aun las casas de aquellas ciudades están chapeadas de plata.

Pero no son estas fantásticas relaciones las que á ir á México me mueven.

Tengo allá una parienta próxima, una tía, la condesa de Peralta, que hace algunos años reside en aquellas apartadas regiones.

Es viuda, y sin más familia que una hija, y deseando volver á Valladolid, su patria, me ha escrito rogándome que la ayude á realizar los intereses que allí tiene, á cuyo fin me invita á embarcarme para la Nueva España, ofreciéndome recompensar régicamente mis servicios.

¿Debo negarme á aceptar la fortuna que se me entra por las puertas?

No, Isabel; á Nueva España iré; prestaré á la condesa mi tía los servicios que me pide, y exponiéndole francamente mi situación, la conjuraré á que de ella me salve y seguro estoy de que ella me salvará.

Logrado esto, de nuevo me tendréis á vuestro lado, sí, mi querida Isabel, y nueva serie de dichas nos ofrecerá el cumplimiento de la palabra que de haceros mi esposa os tengo dada.

¿Me queréis más claro, más franco, ni más sincero?

—Lo parecéis en efecto, Jerónimo Ruiz, y no obstante...

—Sí, en efecto, y no obstante yo en tu caso no correría esa peligrosa aventura;—dijo Bernardo de Carvajal, que no había dejado de sonreír maliciosamente mientras Jerónimo Ruiz usó de la palabra.

—¿Y por qué?—preguntó Jerónimo malhumorado.

—Porque, según mis noticias, la condesa de Peralta, á la cual en su tiempo conocí como á una de las más bellas damas de la corte cuando estaba en Valladolid, tiene una hija casadera tan hermosa como, repito, fué la madre.

—Bernardo de Carvajal,—repitió Jerónimo con manifiesto disgusto al notar el mal efecto que en Isabel produjeron las palabras de su amigo,—eres un impertinente!

Carvajal se puso en pié, y sin mostrarse ni ofendido ni enfadado, dijo:

—En ese caso me retiro y te dejo en libertad para pintar las cosas á tu capricho.

—¿Te has molestado?

—¿Yo? ¿contigo? No, Jerónimo; eres el más querido de mis amigos, y tus palabras, por duras que sean, nunca me ofenden; sé que eres incapaz de tener nunca intención de herirme.

Sobre este tema se prolongó aún por momentos la conversación, y al fin, obtenido el correspondiente permiso, Jerónimo Ruiz salió también de la casa de Isabel del brazo de Bernardo de Carvajal.

A la derecha, entre las montañas de verdura de sus magníficos jardines, destacábanse los gruesos muros del Alcázar, restaurado por D. Pedro el Cruel, de quien Sevilla está llena de recuerdos y tradiciones.

A la izquierda y á la orilla del río, la legendaria Torre del Oro recortaba su silueta sobre el fondo gris perla precursor del crepúsculo.

El majestuoso Guadalquivir veíase cruzado por cien ligeras lanchas, esquifes y canoas que ó seguían su curso ó atravesaban la corriente yendo de uno á otro de los numerosos buques apiñados en una y otra orilla.

El eco del bullicioso gorgéo de las aves que en las ramas de los árboles se disputaban lugar para su nocturno reposo, era interrumpido por las voces cadenciosas de la marinería que á sus rudas tareas daba punto, y allá en el profundo lecho del Guadalquivir, en los bosquesillos que bordan sus rísteñas orillas, en las pintorescas casas de los arrabales, mil voces alegres, rientes, gozosas, otro concierto formaban que competía con el concierto de las aves entre las ramas de los árboles.

De vez en cuando, meciéndose en las brisas tibias y perfumadas con el aroma embriagador del azahar, llegaban á los oídos las extremadamente dulces y melancólicas notas de las sin rivales canciones andaluzas, que incitan al amor y enloquecen de pasión.

—He aquí todo lo que vas á dejar, quizás para no volver á gozarlo,—dijo Bernardo de Carvajal á Jerónimo Ruíz, que al lado suyo tomaba asiento en un banco de madera perteneciente á un puesto de vendedora de bebidas refrescantes.

—[Cuán amarga no será mi situación cuando á ello me he decidido!—contestó con cierta tristeza Jerónimo Ruíz.

—¿Acaso no la exageras para engañarte á ti mismo?

—Nó, Carvajal, no la exagero: anoche mismo perdí á los dados una gruesa suma.

—Lo sé, pero si dejases de jugar....

—Imposible. Estoy hecho á triunfar siempre y en todos terrenos, de cuantos han tenido la osadía de pretender competir conmigo, y jamás me resolveré á dejarme vencer.

—Y no obstante te encuentras en las más propicias condiciones para ser feliz, bastándote para conseguirlo, olvidar esas fatales emulaciones de una mal entendida y ruinosa vanidad.

—¿Quieres hablarme de Isabel?

—Sí, si quiero: en ella está tu dicha vinculada y no obstante á huir de ella te preparas.

—Carvajal, así lo quiere mi sino.

—Dí mejor tu inconstancia, y en este caso tu inconstancia es un crimen, que, créelo, Jerónimo Ruiz, ha de producirte fatales consecuencias.

—Extraño es, Carvajal, tu modo de ver en este asunto. ¿De qué puedes quejarte de mí si te dejo libre una mujer que has amado?

—Podría ofenderme con tus palabras, si no supiese que no sabes lo que dices al verterlas sin medirlas.

No he amado á esa mujer; no has sido propio al decirlo así, mejor hubieras dicho que la amo todavía.

—Entonces ¿qué más quieres?

—Quiero que no acabes de hacer su infelicidad.

—No te comprendo.

—O no quieres comprenderme; pero no importa, me explicaré.

Isabel te ama con todo su corazón, y te ama, no tanto

por lo que tú mereces y pretender puedes de las mujeres, sino porque has sabido engañarla lo bastante para que en ti crea tanto casi como en Dios.

Y la engañaste porque por tal de conseguir sus favores, que hace más de un año disfrutas, le diste formal palabra de casamiento.

Quizás al dársela, se la diste, quiero creerlo, de buena fé.

¿Pero hoy? ¿estás dispuesto á cumplir como amante y como caballero?

—Si aun te cabe alguna duda sobre mis decisiones, te daré el gusto de repetirte que te dejo libre á Isabel.

—No pido para mí, Jerónimo Ruiz: dame no puedes lo que yo no quiero tomar.

Cuando yo cortejé á Isabel, mis intenciones fueron las de hacerla mi esposa ante Dios.

Tú te atravesaste en mi camino y á ti te prefirió, cuando para hacerlo así era libre, pues todavía no habíale yo hecho mi declaración.

Lo que entonces destruiste nadie puede volver á levantarlo.

Amo á Isabel, mas no la haré jamás mi esposa ni aun cuando fuese posible, que no lo es, que ella me amase como necesitaría haberme amado para haberlo sido.

Profeso á este respecto la creencia de que la mujer debe entrar en el hogar del que haya de ser su esposo, sin noticia alguna de las caricias que sólo el matrimonio santifica.

No temas, pues, Jerónimo Ruiz, que mi interés personal entre en parte alguna en los consejos que, valido de nuestra amistad, me permito darte.

Para esposa de Bernardo de Carvajal no puede ya ser

vir Isabel, y la quiero demasiado para aumentar su deshonra haciéndola mi amante.

Angel caído, deseo ayudarla á levantarse: soy incapaz de cometer la infamia de abusar de su caída.

—Y no juzgándola digna de tí ¿la hallas buena para esposa de Jerónimo Ruiz?

—Sí, puesto que Jerónimo Ruiz le debe una reparación.

—Podría contestarte á eso que la mujer que cede á las exigencias de un amante, se cierra por sí misma las puertas del matrimonio.

Lo que tú pretendes de mí, sólo tendrían derecho á exigírmelo un padre ó un hermano de Isabel; porque al padre ó al hermano de una mujer en caso tal, les asiste justicia absoluta para reparar el deshonor que sobre su nombre hayan arrojado la inexperiencia y la seducción.

—Fuera de ellos hay alguien más que tiene ese derecho.

—¿Quién?

—¡Un hombre honrado, un caballero!

—Tú por ejemplo ¿no es verdad?—preguntó Jerónimo Ruiz sonriendo de un modo irónico y provocativo.

—Pudiera, pues á ello me provocas, contestarte que sí, y después matarte ó morir á tus manos en defensa de una causa noble; pero no ha sido esa mi intención.

—¿Quién entonces puede ser ese honrado y caballero?

—El amante mismo, el seductor, tú, Jerónimo Ruiz! Jerónimo Ruiz volvió á sonreír, pero esta vez su sonrisa tomó un carácter menos agresivo.

—Eres un alma cándida, Bernardo de Carvajal. Quieres el mundo mejor de lo que en sí es, y tus campañas en favor de la virtud podrían hacerte ridículo á otros

ojos que no fuesen los míos, que ven tu buena intención.

Tus razones no me han convencido ni podrán convencerme, y no obstante sólo Dios sabe si en otras circunstancias hubiese tratado de dejarme convencer por ellas.

En las actuales, tu noble empeño y mi buena voluntad son de todo punto ineficaces.

—Quiero á Isabel: yo mejor que tú puedo imaginarme la felicidad que había de resultarme de legítimar mis irregulares relaciones con ella; pero me lo impide mi interés, que te permito calificar, si así lo quieres, de brutal y grosero.

—Es mi interés y como tal le sigo y persiguiré.

—Sólo tú estás en el secreto.

—Mi tía la condesa de Peralta me llama á México, no para encargarme de la administración de sus bienes, sino para darme en matrimonio á su hija, ya en edad casadera.

Su ofrecimiento nada tiene de extraordinario.

Así la casaron á ella con el que fué su marido; así se casan en la actualidad los hijos de las más nobles y principales familias.

En los matrimonios así formados sobreviene ó no el amor entre los cónyuges; pero el amor es cosa enteramente secundaria en estas alianzas de familia, cuyo fin principal es el de perpetuar un nombre ilustre ó conservar íntegra una fortuna que á falta de herederos directos se fraccionaría lastimosamente.

En el caso que conmigo se relaciona las inquietudes de la condesa tienen más justificada causa aún.

Reside en México una familia cuyo jefe, muerto hace algunos años, fué desheredado por su hermano, comerciante de Valladolid, en favor del marido de la condesa.

El desheredado no quiso, aunque hubiéralo podido hacer con probabilidades de ganar la cuestión, emprender un pleito contra los herederos de su hermano; mas los hijos que dejó no están, según parece, muy conformes en seguir la conducta desinteresada de su padre.

Las cartas de la condesa me informan de que los Ponce de León, este es el apellido de la familia enemiga, se han declarado en abierta hostilidad contra ella, y no sería remoto se aprestaran á reivindicar sus derechos á la herencia.

La condesa teme por su vida y por la de su hija, y á mí, que soy su único pariente, me invoca para que acuda en su auxilio.

¿Debo ni puedo negarme á ello cuando tan grande utilidad debe reportarme mi alianza con la condesa y mi matrimonio con su hija, que, según parece, es una adorable jóven?

capítulo IV

Capítulo IV

Un villano y un infame

BERNARDO de Carvajal necesitó reflexionar algunos momentos para dar á su amigo la respuesta que exigía.

—Tienes razon,—dijo al fin,—si sólo consultas á tu egoista interés.

Sin embargo, no te ofendas, creia más noble tu corazón.

Juzgas como yo juzgo, que nadie como Isabel puede hacer tu felicidad, y á ella renuncias por correr en pos de un enlace de conveniencia.

¿Es pues para tí vana la palabra felicidad?

—¡Oh! ¡la felicidad, la felicidad! ¿qué es en resultado la felicidad?

Vano fantasma que en vano también persigue el hombre.

—¿Conjunto de circunstancias dichas que jamás logramos ver reunidas!

—La salud; el amor; la opulencia; el respeto y la consideración sociales; la ambición satisfecha; los deseos cumplidos; las fantasías realizadas; la materialidad idealizada, el infinito en los goces del alma y del cuerpo; hé ahí la felicidad, el imposible.

—¿Qué dicha puedo yo encontrar al lado de Isabel, si preocupan mi ánimo mis estrecheces y apuros pecuniarios?

—Deseas, y yo te lo agradezco, que pase mi vida adornado con la dulce embriaguez de una pasión poética, y á mi pesar despiértame de mis sueños la grosera, la material realidad.

—Puedo negarme á la evidencia, ni renunciar á la salvación que una casualidad me ofrece?

—No, Bernardo de Carvajal; por seductor que me sea lo poético y lo ideal, la realidad se impone y triunfa.

—No puedo ser yo mejor que tú.

—Ni tú ni yo, podemos hallar en Isabel la felicidad.

—Ambos debemos, aun lamentándolo, abandonarla.

—Eso no, Jerónimo Ruiz; yo no la abandonaré, y como no puedo darle mejor prueba de ello que conservar le tu amor, en el cual se vincula su felicidad, paso á hacerte mis proposiciones.

—Curiosidad tengo de saber cuáles son.

—A exponértelas voy con entera franqueza. Respóndeme tú del mismo modo.

—Corresponderé como debo.

—¿A cuánto ascenderán tus deudas?

—A casi todo mi capital, que es justamente la mitad del tuyo.

—Y bien, yo me hago cargo de pagar tus deudas y me constituyo tu único acreedor, con una sola condición que bastará para garantizarme de tu solvencia; renuncia á tu funesta pasión del juego.

—Me es imposible aceptar tus proposiciones, que agradezco, no obstante, con toda la fuerza de mi gratitud.

—¿Puedes darme la razón?

—Si puedo.

—Dála.

—Sería indigno de nuestra amistad.

—Eso no es razón.

—Pero lo es la siguiente: no puedo, no debo, yo que te quité, si bien en buena ley, á Isabel, mantener mi conquista con tu dinero.

—Si yo te lo ofrezco de buen grado.....

—Inútil es que insistas: resueltamente no acepto.

—¿Por qué?

—Porque mi ambición no se satisface ya con un capital como el mío.

—La condesa me ofrece desde México uno diez veces mayor, y así fuese en ello mi eterna salvación, acepto su ofrecimiento.

—¿Pero que va á ser entonces de Isabel?

—Ya he pensado en ella.

—¿Qué has pensado?

—Dejarle cuanto me queda de mis antiguos bienes de fortuna.

—¿Y acaso crees que eso le pueda bastar?

—Por mi fé: nada más tengo que darle.

—No me has entendido: no quise referirme á la limosna que le haces de los restos de tu fortuna: seguro estoy que si de tu desamor se entera no los aceptará.

Isabel no te prefirió á mí por la cuantía de tus riquezas, que tú mismo has dicho son la mitad de las mías.

Te prefirió porque te amaba.

¿Cómo vas á pagarle ese amor?

¿Con una villana infamia?

—¡Carvajal! ¡que me ofendes!—exclamó colérico Jerónimo Ruiz.

—Sostengo, á pesar de ello, lo que te he dicho.

—En ese caso, rómpanse de una vez los lazos que nos unen!

Y al decir esto, Jerónimo Ruiz, echó mano á la empuñadura de su espada.

Bernardo de Carvajal detuvo el brazo de su amigo, y con reposada voz, pero con firmísimo y fiero acento, le dijo:

—Ahora no: ya llegará tiempo para eso si después de meditarlo, en ello insistes.

—¿Tienes miedo?

—Te perdono la duda; sin embargo, no olvides que he sido tu maestro y que ninguno de mis discípulos ha podido hacer lo que no han hecho quienes por maestros pasan. Sé prudente y piensa que no quiero abusar de mi superioridad.

Me he propuesto que me escuches y me escucharás mal que te pese.

Lo que hacer pretendes con Isabel es villano y es infame, y como yo no quiero convencerme de que he mantenido y dispuesto estoy á seguir manteniendo fraternal amistad con un villano y un infame, me he empeñado en demostrarte, aunque á tu pesar haya de demostrártelo, que no eres infame ni villano.

Tengo de tí mejor opinión que tú mismo.

—Si esto es farsa, te aseguro que se me hace pesada.

—No, no es farsa: no las gasto yo en asuntos serios y lo es y mucho ¡vive el cielo! el asunto de no permitir que después de que por tu buena fortuna destruiste mi felicidad, la arrojes hecha girones en mitad de la calle.

—¿Puede acaso nadie obligarme á lo que mi voluntad rechaza?

—Superior á tu voluntad es tu honor de caballero.

—Nada en lo que hago padece mi honor.

—Sí padece, Jerónimo Ruiz; y si no lo crees porque, aunque yo no quiera convencerme de ello, seas un infame y un villano, padece el honor de una dama, que por serlo y por ser yo caballero, estoy obligado á defender y amparar.

Jerónimo Ruiz no podía reprimir su ilimitada cólera, y segunda vez quiso sacar su espada; pero segunda vez lo impidió Carvajal, diciéndole:

—¡Quieto! ¡no quiero matarte aún!

—Tus acciones traicionan á tus palabras.

—Sí, Bernardo de Carvajal; leyendo estoy en tus ojos tus aviesas intenciones.

Los míos se abren á la luz y ya alcanzo la razón de tus continuas visitas á la casa de Isabel.

La amas.

—¡La amo! ¡sí, la amo!—exclamó con transporte Carvajal:—nunca te lo he negado; varias veces te lo he dicho esta misma tarde y cuantas más quieras, otras tantas lo repetiré.

—Sí, pero eres orgulloso y mortifica á tu orgullo la existencia del hombre que á tu pesar poseyó á tu amada.

Vencido una vez por mí, temes ser vencido tantas veces cuantas de nuevo yo quiera que lo seas.

Tienes celos aun de mis desdenes hacia á Isabel y quieres matarme para no avergonzarte de amarla.

¡Hazlo pues, ó déjame en libertad!

Bernardo de Carvajal oprimió con sus crispadas manos sus dos ojos, á fin de que no pudiesen brotar de ellos las lágrimas de dolor que le arrancaron las palabras de Jerónimo Ruiz, y al fin de aquella muestra de horrible desesperación, con voz temblorosa dijo:

—Tenías razón. Has vencido. Te deajo en libertad. ¡Jerónimo Ruiz, eres un villano y un infame!

Sacrificio de amor

En el piso superior, el balcón del centro, pues los de Jerónimo Ruiz se alejó sin hacer la más mínima atención de las últimas palabras de Bernardo de Carvajal, y éste, después de haberle visto alejarse, tomó el camino que le conducía á la casa de Isabel de Rioja.

La casa habitada por aquella hermosa joven no estaba mucho de la orilla del río, y era una de las más coquetas y graciosas construcciones de Sevilla.

Constaba de dos pisos.

En el bajo, que es el preferido en los extraordinariamente calurosos días de verano, abríanse grandes ventanas defendidas por fuertes y elegantes rejas, cuyos complicados adornos, que sin duda contentaron la inventiva y destreza del herrero forjador, dábanle casi la apariencia de una muestra caligráfica.

En el piso superior, el balcón del centro, pues los de

Tienes celos aun de mis desdenes hacia á Isabel y quieres matarme para no avergonzarte de amarla.

¡Hazlo pues, ó déjame en libertad!

Bernardo de Carvajal oprimió con sus crispadas manos sus dos ojos, á fin de que no pudiesen brotar de ellos las lágrimas de dolor que le arrancaron las palabras de Jerónimo Ruiz, y al fin de aquella muestra de horrible desesperación, con voz temblorosa dijo:

—Tenías razón. Has vencido. Te deajo en libertad. ¡Jerónimo Ruiz, eres un villano y un infame!

Capítulo V

Sacrificio de amor

Jerónimo Ruiz se alejó sin hacer la más mínima atención de las últimas palabras de Bernardo de Carvajal, y éste, después de haberle visto alejarse, tomó, siguiendo opuesto camino, el que conducía á la casa de Isabel de Rioja.

La casa habitada por aquella hermosa joven no estaba mucho de la orilla del río, y era una de las más coquetas y graciosas construcciones de Sevilla.

Constaba de dos pisos.

En el bajo, que es el preferido en los extraordinariamente calurosos días de verano, abríanse grandes ventanas defendidas por fuertes y elegantes rejas, cuyos complicados adornos, que sin duda contentaron la inventiva y destreza del herrero forjador, dábanle casi la apariencia de una muestra caligráfica.

En el piso superior, el balcón del centro, pues los de